

SONETO Y GLOSA AL DONCEL

Enrique GALLEGO GREDILLA
Coronel de Infantería

SONETO AL DONCEL

*Labrada en alabastro su figura,
mostraba bajo gótico templete,
contéplase al Doncel como cadete
recostado en su propia sepultura.*

*De capa santiaguista y de armadura,
cubierta la cabeza de un bonete,
descuelga al ceñidero un puñalete,
y medita de un libro la lectura.*

*Fuiste guerrero fiel y combatiste
al moro de la vega granadina.
Luchaste con valor. Allí caíste.*

*Y de la Travesaña seguntina
a la Plaza Mayor aún persiste,
la voz de su leyenda en cada esquina.*

LABRADA EN ALABASTRO SU FIGURA

Y no de mármol como dicen algunos autores, pues aunque ambos minerales tienen similar composición, la blandura del alabastro facilita el cincelado y proporciona sobre todo unas tonalidades, unas transparencias, unas luces internas, que como en los cuadros del Ticiano salen hacia fuera y traslucen la vida. El genial escultor no podía haber elegido material más adecuado para representar la efigie del Doncel. En su tiempo y en su espacio trataremos de penetrar en esta glosa. La otra dimensión de su misterio es indesvelable.

Hoy por hoy, todavía está por decidir la autoría de una obra de tal categoría artística que puede considerarse —según dice don Ricardo de Orueta en su libro *La escultura funeraria en España* (1919)— «*de las más sentidas, más inspiradas y más delicadamente bellas de cuantas ha producido el Arte de Castilla en toda su historia, pudiendo soportar ventajosamente la comparación con las mejores creaciones de la plástica cristiana universal*».

Siguiendo los estudios del gran polígrafo alcarreño don Manuel Serrano Sanz (tío abuelo del que escribe en cuya casa de Sigüenza pasamos la familia veraneos inolvidables), reproducidos en el *Boletín de la Real Academia de la Historia - LXXXVIII* (1926), podemos decir que el sepulcro del Doncel fue hecho en el tiempo que media desde abril de 1491 a febrero de 1497. Por aquellos años, era Guadalajara un centro artístico de primer orden, pues don Iñigo López de Mendoza, segundo duque del Infantado, construía un suntuosísimo palacio comenzado en 1483 y proseguido con opulencia digna de un mecenas. Por las inscripciones allí encontradas, aunque gastadas y borrosas, se sabe que trabajaron en su construcción los artistas Juan Guas, Enrique Ega y otros muchos que no se nombran.

Si consideramos las estrechas relaciones que mantuvieron la casa de los Mendoza y la familia del Doncel, y la fastuosa generosidad del duque don Iñigo manifestada en numerosas ocasiones, hemos de suponer como lo más probable que la estatua y el sepulcro del Doncel la hiciese alguno de los artistas que trabajaron en el palacio del Infantado de Guadalajara.

Esto mismo opina J.L.V. Brans en su libro *Isabel la Católica y el arte hispano-flamenco* (1952) y afirma, con abundante razonamiento, que el autor no es otro que Juan Guas, el mismo de San Juan de los Reyes en Toledo, maestro mayor de las obras de los Reyes Católicos y jefe, junto a Egas Cueman, de numerosos círculos y talleres de arquitectos y escultores de esta época gótico isabelina, algunos de los cuales también se montaron en los aledaños de la catedral seguntina.

Esta conjetura se robustece si consideramos la enorme semejanza que hay entre la estatua del Doncel y la de los sepulcros del primer conde de Tendilla y el de su mujer doña Elvira de Quiñones en la iglesia de san Ginés de Guadalajara, obras que debieron labrarse hacia el año 1480, y en las que Juan Guas expresó igualmente su estilo gótico depurado y su delicado sentimiento, atestigüado sobre todo en el detalle de la estatuilla de *La dueñecita* colocada a los pies de la figura yacente de la condesa.

Pero no todos los investigadores mantienen las mismas suposiciones. M. E. Gómez Moreno, en la segunda edición de su *Breve historia de la escultura española* descarta a Juan Guas, a quien sustituye por el maestro Sebastián de Toledo, autor de los sepulcros de don Alvaro de Luna y su esposa, de la capilla de Santiago en la catedral toledana y del sepulcro del arzobispo don Alonso Carrillo de Acuña en Alcalá de Henares, cuya semejanza con el sepulcro discutido es, según la autora, evidente. Identifica con cierta reserva a este maestro, Sebastián de Toledo, con Sebastián de Almonacid colaborador en el retablo mayor de la catedral Primada.

El mismo Ricardo de Orueta, en un principio partidario de Guas, se vuelve hacia el maese Juan, cuya estatua orante se encuentra colocada en la capilla mayor de Nuestra Señora de los Huertos colindante a la Alameda de Sigüenza y en la cual descubre exactamente las mismas características que la escultura del Doncel.

Don José María de Azcárate y Ristori, en su magnífico estudio sobre el Doncel publicado en el n.º 4 del volumen II de *Anales seguntinos* (1987) rechaza la posible adscripción a escultores y entalladores que trabajaron en Sigüenza entre 1490-1510, como Martín Lande que en 1499 ejecutó el relieve funerario de don Bernardo de Agen en la girola de la catedral, al no encontrar base estilística para aventurar dicha hipótesis.

Sí encuentra la posible influencia de Egas Cueman (padre de Enrique Egas) en la traza del sepulcro del Doncel, pues era conocida su intensa actividad como escultor, jalonada por numerosas obras funerarias documentadas en constante colaboración con Hanequín y Juan Guas y cuyo estilo es el eje de la escultura castellana de la segunda mitad del siglo XV. Sin embargo, en los años en que se ejecuta el sepulcro del Doncel, la vejez del maestro y su incapacidad física dificulta una intervención directa. Egas Cueman muere en 1495 y en torno a este año comienza a destacar con luz propia, dentro del grupo de sus discípulos y también del círculo de Juan Guas, aquel maestro Sebastián de Toledo o Sebastián de Almonacid, que ya mencionamos. Sebastián era vecino del pueblo toledano de Torrijos, precisamente de donde era Marina Alvarez, la mujer de Juan Guas.

A través de este joven maestro Sebastián concentra su atención el señor Azcárate y Ristori y especialmente en el descubrimiento de un documento inédito efectuado por B. G. Proske en el archivo de la Casa de Osuna conservado en el Archivo Histórico Nacional, referente al contrato que el 7 de enero de 1489 hizo la duquesa del Infantado con *«maestre sebastián de toledo entallador de ymaginería»* para la ejecución de los sepulcros de sus padres don Alvaro de Luna y su mujer doña Ana de Pimentel en su capilla funeraria de la catedral toledana. En dicho contrato hay una cláusula que obliga al escultor a labrar su obra *«en la ciudad de guadalajara»* dándosele el plazo de un año para concluirla. Supone este dato la presencia de un taller del escultor en Guadalajara, lo que conduce al investigador a relacionar estilos, indumentarias, actitudes, posturas y demás detalles de las figuras accesorias de gran número de estatuas funerarias de la época, incluso destaca la estrecha relación de la familia del Doncel con la Casa del Infantado ya que en 1488 figura don Fernando de Arce, hermano del Doncel, como testigo en el contrato para el retablo de la capilla de Santiago en la catedral de Toledo donde reposan los restos de don Alvaro y su esposa.

El prolijo estudio le lleva a considerar con cierta seguridad que la escultura del Doncel se debe a este maestro Sebastián.

Igual punto de vista tiene el prestigioso cronista oficial de Sigüenza don Juan A. Martínez Gómez-Gordo.

MOSTRADA BAJO GOTICO TEMPLETE

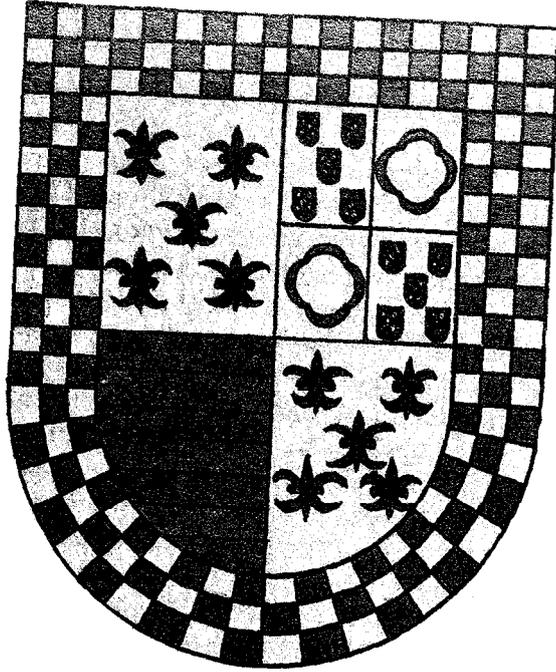
La escultura doncelesca se cobija en una espléndida hornacina abierta en el muro del evangelio de la capilla de «san Juan y santa Catalina» que dedicada a la familia de los Arce, se encuentra en el crucero de la catedral de Sigüenza, al lado de la puerta del Mercado.

Dicha hornacina está formada por un arco de medio punto de mayor tamaño que el usual en los arcosolios góticos y bordeada hasta el suelo por un par de columnitas de realzados pedestales y finos capiteles. En el trasdós apoyan seis dentellones adornados de florituras góticas. El intradós es liso. Del fondo de la arcada, pegado al muro, se desprende el lienzo del templete dividido en dos secuencias de diferentes significación y colorido; la superior es una oscura pintura de la Pasión de Cristo; la inferior, flanqueada por dos rosadas franjas con dibujos mudéjares, una blanca cartela resume en letra gótica la leyenda del guerrero:

*«Aquí yace Martín Vázquez de Arze
Cavallero de la Orden de Santiago
que mataron los moros socor
riendo el muy ylustre señor
Duque del Ifatadgo su señor a
cierta gente de Iahen a la acequia
gorda en la vega de Granada.
Cobró en la hora su cuerpo
Fernando de Arze su padre
y sepultolo en esta capilla
Año MCCCCLXXXVI. Este año se
tomaron la ciudad de Loxa las
villas de Illora, Moclín y Monte
frío por cercos en que padre y
hijo se allaron».*

En los costados interiores de la hornacina, sobresalen los relieves de Santiago y san Andrés, detrás de la cabeza y de los pies del Doncel, símbolos respectivos de la Orden de Santiago y de la milicia.

El escenario se completa con el frontis del sarcófago sustentado por tres leoncillos. Está fragmentado en cinco zonas, dos en cada lateral y una central. Las primeras presentan labores vegetales de



Escudo de armas del Doncel.



«... y medita de un libro la lectura».

clara inspiración plateresca y la central está ocupada por la talla del escudo del Doncel, cuya heráldica es como sigue:

Escudo cuartelado en cruz.

Primer y cuarto cuartel (apellido Arce). De plata, 5 flores de lis de azur, colocadas en aspa o sotuer.

Segundo cuartel (apellido Sosa). A su vez cuartelado en cruz. Primero y cuarto, de plata, las quinas de Portugal. Segundo y tercero, de plata un lunel de gules.

Tercer cuartel (apellido Vázquez). De gules, 3 fajas de oro.

Bordura jaquelada de plata y gules en tres órdenes.

Por tenantes, dos pajes con sayos cortos de pliegues y mangas largas, melena con flequillo, calzas y zapatos con lengüezuela.

Otro adorno en la parte superior e inferior externa al escudo, cruzándolo por detrás, un cinturón con hebilla o tal vez cincha de caballo.

Las quinas de Portugal llevan 5 escusones de azur puestos en cruz, cargado cada uno de 5 besantes de plata en aspa o sotuer, con un punto de sable.

En la nacela que forma la cornisa del frontis se lee esta inscripción.

«D. Martín Vasques de Arse Comendador de Santiago el qual fue muerto por los moros enemygos de nuestra santa fé catholica peleando con ellos en la vega de Granada. Miercoles (falta un trozo) anno del nascimiento de nuestro Salvador Ihu Xpo de Mille e CCCC e LXXX e VI annos. Fue muerto en edat de XXV annos».

CONTEMPLASE AL DONCEL COMO CADETE

A principios de la Edad Media, el nombre de *doncel* se daba a los hijos de los reyes y al de los señores feudales. A mediados de aquella época, el nombre recayó en los nobles aspirantes a

caballeros que todavía no habían sido armados como tales. En la Castilla de los siglos XIV y XV, con dicha palabra se denominaba al joven noble que habiendo en su niñez servido de paje al rey, pasaba luego a formar parte de una especie de milicia selecta y escogida que, mandada por un alcaide, probablemente fuera de las pioneras unidas permanentes que hubo en España. Refiriéndose a ella, una antigua crónica dice que *«este alcaide y estos donceles eran homes que se habían criado desde muy pequeños en la cámara del rey y en la de su merced, y eran homes bien acostumbrados é habían buenos corazones e servían al rey de buen talante en lo que él les mandaba, é estos fueron a comenzar la pelea con los moros, é eran fasta ciento de á caballo que andaban a la guerra»*.

Enlazando con esta crónica, mencionaremos la obra de Pedro Salazar de Mendoza titulada *Origen de las dignidades en Castilla y León* (1618), en la que dice no haber encontrado otro dato de su origen que lo escrito por Rades de Andrade, remitiéndonos a que, después de la batalla del Salado, el rey Alfonso XI confirió este título de *«alcaide de donceles»* a don Alfonso Hernández de Córdoba, señor de Cañete, sin decir si existía antes tal cargo (del que nada hablan las leyes de Partida) ni si apareció entonces por primera vez. En un texto de las crónicas de dicho rey, se afirma que los donceles no eran pajes, como suponían algunos, sino gente de guerra y el alcaide era su capitán que les ejercitaba en el manejo de las armas.

Después del Renacimiento con el nombre de doncel se designó a los jóvenes elegantes y de la buena sociedad. Y ya en los inicios del siglo XVIII, fue sustituida la palabra por la francesa de *cadet* o *cadete*, introducida en la nueva nomenclatura impuesta en la reorganización del Ejército español por la recién estrenada dinastía borbónica de Felipe V. Aunque voz puramente francesa, se deriva del latín *«capitelum»*, cabecilla, jefe en segundo, más tarde *«segundón»* de familia noble. En el fondo no es más que el nombre francés del *«doncel»* antiguo, del *«alumno academil»* moderno y en general del *«adolescente»* que voluntariamente se dedica a la carrera de las armas, coincidente a la significación de doncel en la Castilla del siglo XV.

Cuenta don Manuel Pérez-Villamil en su valioso libro sobre la *Catedral de Sigüenza* (1899), que su amigo el general don Mario Lasala, competentísimo arqueólogo zaragozano, visitante habitual

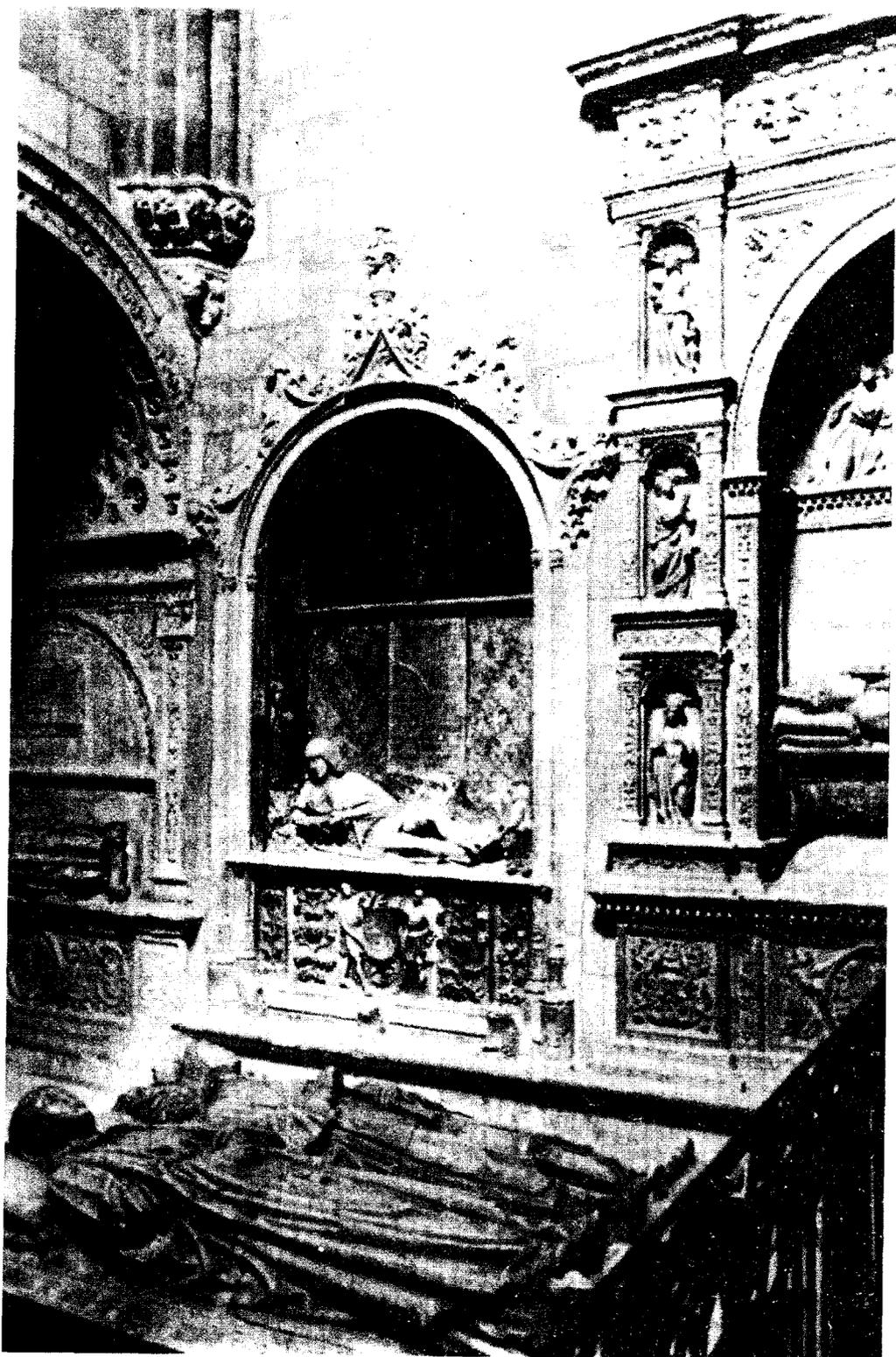
de la ciudad, no dejaba pasar un día sin hacer una larga visita al sepulcro doncesco y a este propósito le leyó en cierta ocasión unas impresiones inéditas que decían lo siguiente:

«¡Qué sentimiento religioso y cuanta realidad de la situación se observa en la estatua del moribundo guerrero, todavía orante, ya casi yacente; pero original y acaso exclusiva, pues no he visto a ninguna que se le parezca! El hermoso doncel (porque la efigie tiene todos los caracteres de verdadero retrato y debió ser bello de rostro y apuesto de cuerpo) armado de punta en blanco, cae sobre la tierra derribado de mortal herida».

Es pues el general Lasala quien designó por vez primera el epíteto de doncel a la figura de don Martín Vázquez de Arce. Sin embargo, Pérez-Villamil no la empleó. Fue don Ricardo de Orueta quien en 1919 la saca a relucir constantemente en su obra. Y es a partir de entonces cuando quedó en letras de molde para los futuros escritores. Hay quienes la consideran improcedente. Y en rigor, es así, como luego veremos.

RECOSTADO EN SU PROPIA SEPULTURA

Sabemos por las crónicas que cuando murió don Martín en la vega de Granada, su padre recogió el cadáver y fue enterrado provisionalmente en el suelo de la capilla de san Juan y santa Catalina de la catedral seguntina, en espera de que el cabildo accediera a la petición de su progenitor don Fernando de Arce y de su hermano mayor de igual nombre, a la sazón prior de Osma y futuro obispo de Canarias, para que dicha capilla, donde había enterrados algunos descendientes del linaje de La Cerda, pasara en concepto de capellanía a la familia de los Arce, concepto que les daba derecho preferente. Previa consulta con los de La Cerda, éstos se negaron a costearla. Transcurridos unos cinco años, la capellanía y patronazgo de los Arce fue una realidad tras el convenio con el cabildo celebrado el 18 de abril de 1491. Los gastos ocasionados en la fundación fueron a costa del prior de Osma, ejemplo de buen hijo, que tan generosamente empleara sus rentas para que sus padres viviesen y tuviesen un panteón que acogiera primeramente a don Martín y fuera digno de su noble condición.



Capilla de San Juan y Santa Catalina.

Desconocemos las capitulaciones habidas con el escultor —que hubieran, por cierto, descubierto su anonimato— para la construcción del mausoleo. ¿Quién incitaría la idea primitiva?. Piénsese que la estatua del Doncel adopta una postura recostada tan original, tan atípica, que rompe todos los modelos más o menos funcionales de los talleres en boga. Y, si su ejecución demuestra una sensibilidad poética delicadísima, ¿acaso no podríamos considerar que su inspiración pudiera haber sido suscitada en aquellas capitulaciones?

Quizá nuestro Doncel no pereciese de un golpe definitivo, necesariamente mortal. Quizá quedara malherido en el campo de batalla y tuviera una agonía clarividente. Quizá el padre, antes de recoger el cadáver del hijo, tuviera tiempo de asistirle, le contemplara caído así o visionara su ademán al intentar reincorporarse. Quizá esa cierta sonrisa del moribundo fuera el rictus postrero de su filial amor. Quizá fuera un flash que en el mismo punto donde el alma y el cuerpo del hijo se desprendían, quisiera el padre petrificarlo perpetuamente mediante la fantasía y el talento de un artista...

O quizá, más bien, debemos atender las explicaciones que da el Marqués de Lozoya en sus *Seis temas peruanos* cuando afirma que «*las piernas cruzadas*» observadas en la imagen del Doncel, era la posición con la que se solía enterrar a los caballeros cristianos españoles que, en la última fase de la Reconquista, combatieron contra los moros como auténticos *cruzados* de su fe.

En aquellos tiempos de la baja Edad Media, no sólo se adquiría el culto de la fama en las hazañas guerreras, sino que cuando se moría en defensa de la fe, se lograba la gloria eterna. Así lo arengaba el comendador de Mohernando don Pero López de Baeza a sus caballeros de Santiago cuando les decía: «*Otrosí sabedes que menester es de caballería lidiar por la fé de Jesucristo, donde nascen muy grandes bienes. El primero es, que los que mueren por servicio de Dios, van derechamente al paraíso*».

Y es que el Doncel es todo símbolo. Incluso las figurillas que le acompañan emiten mensajes: de dulce melancolía en el *pajecillo doliente* postrado a sus pies, de acción heroica en el *haz de laureles* donde apoya su codo, de futura resurrección en el *leoncillo* que la implora del cielo.

DE CAPA SANTIAGUISTA Y DE ARMADURA

El Doncel reviste su indumentaria militar con la capa de la Orden de Santiago echada por los hombros y fruncida al cuello a través de un cordón. En ella reposa todo su cuerpo y es tan larga que le roza los talones. Luce sobre la pechera la clásica cruz.

Es muy probable que el hábito se lo concediera el duque don Iñigo López de Mendoza y, con la poderosa influencia de don Beltrán de la Cueva, maestre de la Orden, se le armase caballero comendador en el monasterio que en Uclés fundara Alfonso VIII. Corría el año de 1480.

En las órdenes militares, el título de comendador otorgaba al caballero la protección de un castillo o lugar, con derecho a percibir las rentas que produjese (encomienda). En la de Santiago había trece comendadores que formaban el consejo del maestre y a quienes correspondía su elección.

A tan elevada dignidad sólo accedían caballeros que conocían perfectamente el uso de las armas, tenían una intachable conducta cristiana y acreditaban una cultura humanística propia de las nuevas corrientes renacentistas introducidas plenamente en la familia de los Mendoza.

Nuestro joven guerrero lleva puesta su armadura de guerra. Está bordeando los confines de este mundo y se siente morir. En un gesto natural entrega al paje la *celada* y los *güanteletes*. Las venas hinchadas de sus manos azulean bajo la piel. Recuesta lateralmente el cuerpo sobre el suelo... el *faldar* y las *escarcelas*, se lo impiden. Las desenganchan. Solicita que hagan lo mismo con la *gola*, el *peto* y el *espaldar*; así respira mejor. Le colocan la capa encima del *jubón de nudillos*, y de la *cota de mallas*, estirándola como si fuera el aviso de un sudario.

Conserva las protecciones del miembro superior marcándose las *hombreras* y quedando a la vista los *codales* y los *avambrazos*. También las del miembro inferior con los *medios quijotes*, las *rodilleras*, las *grebas enteras* y los articulados *escarpes*.

¿Y el escudo? ¿Dónde está el escudo? Tal vez encallado entre las breñas de la acequia.

¿Y la espada? ¿Dónde está la espada? Algunos han visto su traza tras la figura.

CUBIERTA LA CABEZA DE UN BONETE

Desconcierta esta prenda en un hombre armado. Probablemente el autor pretendiera cubrir su melena peinada al *itálico modo*, para abrir la atención espiritual de un rostro, cuya palidez transparente, volátil sonrisa y ensimismada mirada, irradiara toda la fuerza mística del *hispanico sentir*.

Algunos escritores hablan de casquete o capacete. No es así.

En el siglo XV, el bonete fue el tocado más frecuente entre los hombres y en menor medida entre las mujeres. Aparece en numerosas pinturas y esculturas de la época. Tenía la finalidad de adornar más que proteger. No era prenda usada por el pueblo llano. Como raramente se llevaba la cabeza descubierta, el bonete se aplicaba a todas horas, en casa y en la calle. En el interior de las mansiones les estaba prohibido a los reposteros y criados que servían la mesa.

Podían ser de tela, lana, seda, terciopelo, cuero, etc. Se distinguían dos tipos: el sencillo y el doblado. El del Doncel no puede ser más sencillo.

DESCUELGA AL CEÑIDERO UN PUÑALETE

El arma blanca que exhibe nuestro protagonista, bien pudiera ser una daga, algo más larga que el puñal, aunque sin las guarniciones ni los gavilanes protectores de la mano. En el mango, semitapado por la muñeca izquierda, se observa con claridad, un pomo esférico. La hoja parece de cuadradillo.

Se llevaba verticalmente al cinto sobre el vientre y también horizontalmente al flanco. Se empleaba principalmente para herir al contrario a través de los vanos de las armaduras. En la esgrima de aquellos tiempos, pelear con *armas dobles* equivalía a batirse con espada y daga al mismo tiempo.

Aplicamos la palabra *ceñidero* porque era la genérica para todo tipo de accesorios que ceñían la cintura, como por ejemplo, el cinto, el tejillo y la faja. En 1489, en una relación de compras para el príncipe don Juan, cuando sólo tenía doce años, se cita «*un ceñidero de seda morisco*» (Cuentas I). En el inventario del Alcázar de Segovia, figuran cintos de cuero colorado o leonado, de venado blanco, de cuero datilado con esquero de seda azul y cintos *vacaris* y vizcaínos.

Y MEDITA DE UN LIBRO LA LECTURA

Suenan las campanas de los conventos seguntinos anunciando las horas de las santas misas. Los jovenzuelos veraneantes, monaguillos temporeros, despertábamos aprisa para preparar en las sacristías los ornamentos del sacerdote. Algunos de ellos requerían que nos vistiésemos de sotana y roquete. Eran misas en latín que recitábamos de memoria. La devoción prestada era recompensada, a veces, con algo menos de dos reales. Desde luego que escanciábamos, a hurtadillas, el vino sobrante de las vinajeras.

Las señeras campanas de la catedral eran las más sonadas. Nuestras sandalias de cuero pisaban las losas del claustro, y su eco, traspasando los huecos de los ventanales ojivales, era lanzado al cielo por la afilada punta de los cipreses del patio. No había geranios en el brocal del pozo. Sólo el deseo inocente de estar con Dios.

Aquellas horas tempranas de nuestra adolescencia, las tiene escritas un libro abierto entre las manos del Doncel. Nuestras horas y también las suyas, que ya compusieron hace siglos el preámbulo de sus primeras páginas. Porque el Doncel ni lee, ni medita. Desde la penumbra de su agonía, enajenó la mirada hacia los adentros del alma donde estaban encendidas las más fervientes vivencias de su pasado. Y escribió con los ojos la recobrada pureza de sus mocedades. En esa pureza, todos los donceles del mundo siguen escribiendo en las hojas de su libro.

FUISTE GUERRERO FIEL Y COMBATISTE

Don Martín Vázquez de Arce, nacido en 1461, fue de hidalga familia pero no sobrada de bienes. Se desconoce documentalmente

el lugar de su cuna, disputándose tal honor Sigüenza y Guadalajara. Razonable es pensar que fuera la primera donde radica la casa solariega, el empadronamiento y la vecindad.

Llegaría con retraso el nacimiento para sus padres como manifiestan los 16 años que se llevaba con su hermano mayor.

Fueron ellos don Fernando de Arce y doña Catalina Vázquez de Sosa y tuvo como hermanos a don Fernando de Arce, prior de Osma y obispo de Canarias, y a doña Mencía Vázquez de Arce que casaría con el corregidor don Diego Bravo de Lagunas.

Documentos del archivo catedralicio seguntino, refieren que en 1480, tuvo una hija legítima aunque natural, llamada Ana, cuya madre ignoran todos los manuscritos descubiertos hasta hoy.

La evidencia de tal hecho implica la pérdida de su condición de doncel que suponía estado de soltería y el no conocimiento de mujer, sin que ello significase no haberlo sido antes. Además los 25 años de aquellos tiempos, edad de su muerte, eran años de plena madurez en un hombre.

Su padre, en calidad de secretario y con el título de comendador de Montijo, sirvió primeramente al primer duque del Infantado don Diego Hurtado de Mendoza, primogénito del marqués de Santillana, y luego con el mismo cargo, al segundo duque don Iñigo López de Mendoza, casado con doña María de Luna, la *rica hembra* heredera del poderoso don Alvaro.

En la corte de don Diego entró como paje nuestro Doncel y allí inició su educación humanista y formación militar, que prosiguió cuando en 1479 muere el primer duque y toma don Iñigo las riendas de la casa de los Mendoza. Son los momentos del mayor apogeo cultural y artístico de Guadalajara y su provincia, en los que sobresale el famoso don Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y de Sevilla, arzobispo de Toledo, cardenal de España, canciller Mayor de Castilla, confesor, consejero y amigo personal de la reina Isabel y considerado como el *tercer rey*.

Queda dicho que en 1480, el duque don Iñigo nombraría al Doncel comendador de Santiago y un año más tarde recibe el meritorio apoyo de su sobrino —mayor que él— don Juan Ortega

Bravo de Lagunas, hijo de su hermana doña Mencía y maestrescuela de Sigüenza, con quien, en agosto de 1484, comparte una reunión entre el cabildo de la catedral y el concejo seguntino para aprobar nuevas ordenanzas de la ciudad. Tales ordenanzas habían sido elaboradas por Juan López de Medina —vicario general de la diócesis y fundador de la universidad de Sigüenza pocos años antes— con la cooperación del capellán mayor, Francisco Jiménez de Cisneros, futuro Gran Cardenal de España y también fundador de otra universidad: la Complutense de Alcalá de Henares.

Todo estaba dispuesto para que padre e hijo partieran a la guerra de Granada ya iniciada en diciembre de 1481 con la toma de Zahara por parte del rey nazarí Muley Hacén.

El Doncel, a cuya esmerada educación sólo podían acceder una minoría de personas, que rendía culto a los firmes valores representados por la cruz y la espada en un renovado ambiente de juventud, ilusión, coraje y alegría que envolvía a los hechos, a las instituciones y a los hombres de aquella generación impulsada por los Reyes Católicos, no podía ser un apocado cobarde como desafortunadamente describiera en *Paisajes con figura* emitidos hace años por TVE, un escritor de cuyo nombre no quiero acordarme.

Don Martín fue un fiel guerrero español que combatió hasta la muerte heroica codo a codo con su padre, con su protector el duque del Infantado y con caballeros paladines del honor como fueran Garcí Bravo, alcaide de Atienza, Bernardo de Mendoza, segundo conde de Coruña, el capitán Pero Carrillo de Albornoz, jefes todos ellos de sus agalludas mesnadas y de las tropas movilizadas para la *Cruzada* por la mitra seguntina. Recordemos que, a la muerte del Doncel en 1486, las huestes del Cardenal estaban al mando del capitán seguntino don Juan de Villanuño cuyas hermanas fundarían el convento de Clarisas de Sigüenza en los albores del siglo XVI muy cerca de la casa solariega de los Arce.

AL MORO DE LA VEGA GRANADINA

Pese a que algunos autores consideran la toma por sorpresa de Zahara por Muley Hacén como la generadora de la guerra de Granada, lo cierto es que las luchas entre granadinos y castellanos

se habían iniciado ya tiempo atrás. Cuando en 1486 acudió con sus tropas el segundo duque del Infantado, causando asombro el alarde de los arreos en sus guarniciones, fueron con él don Martín y su padre, ejerciendo seguramente puestos de responsabilidad, dado su rango. Las mesnadas del duque participaron en acciones de armas, casi todas honrosas, como fueron el asedio y la rendición de Loja, en cuya vega *«flor entre espinas»*, cayó por segunda vez prisionero Boabdil, y la conquista de Illora, Montefrío y Moclín. Tomada esta villa, fue el rey a talar la vega de Granada, pero los moros, conocedores del terreno, surcado de múltiples y hondas acequias, obstáculos infranqueables para la caballería, opusieron tenaz resistencia.

La acción la relata así el cronista Hernando del Pulgar:

«Los moros... soltaron el río de Guadaxenil para que corriese por una acequia grande que rodeaba el circuito donde aquellos caballeros christianos se había metido. E como los vieron atajados por el agua, tornaron contra ellos con recio acometimiento. Los christianos cuando se vieron en aquel peligro, algunos que ovieron mayor esfuerzo pelearon con los moros; otros se retraían y trabajaban por pasar la acequia e salir de aquel lugar. El Duque del Infantazgo como vio al Obispo de Jaén García Osorio y al Corregidor Francisco de Bobadilla con sus gentes en aquel peligro, mandó volver sus enseñas, e a gran priesa pasó la batalla de sus ginetes el acequia, e socorrió a los de aquellas escuadras que estaban peleando con los moros...»

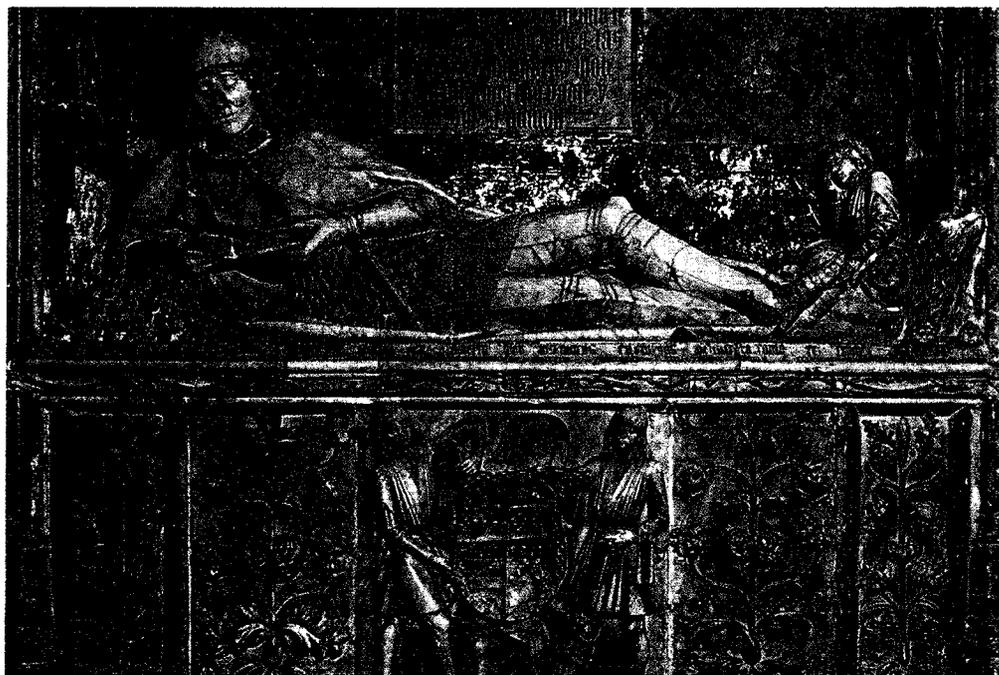
LUCHASTE CON VALOR. ALLI CAISTE

El pasaje de la crónica, termina diciendo:

«Los moros que estaban firiendo en los christianos, quando vieron que la gente del Duque volvía a socorrer, tornaron a fluir... Murieron en aquella pelea dos caballeros principales; el uno se llamaba el Comendador Martín Vázquez de Arce, y el otro se llamaba Juan de Bustamante, e otros algunos de los christianos».



Casa solariega de los Arce.



«Contéplase al Doncel como cadete».

Según el historiador Alonso de Palencia en su *Guerra de Granada*, perecieron unos veinte de las mesnadas del duque, y sufrieron los moros, en aquellas angosturas de Pinos-Puente, una gran matanza.

Así murió valerosamente, en sus mejores años, nuestro Doncel. Recobrado el cuerpo por su padre junto a la *Acequia Gorda*, cuenta la tradición que se levantó un monolito señalando el lugar donde cayó herido de muerte.

Y DE LA TRAVESAÑA SEGUNTINA

Sigüenza, ciudad apretada a su castellanía medieval, sube y baja por la pendiente de una colina. Si baja, tiéndese sobre el barrio de san Roque y la Alameda, hacia las recatadas orillas del Henares. Si sube, empínase sobre el barrio de san Vicente y las Travesañas, hacia los muros del antiguo castillo episcopal. Entre ambos, las torres almenadas de la catedral vigilan los tejados y otean los horizontes. En el interior, el cerco de la muralla serpentea entre las callejas, dejándose aquí y allá, torreones y arcos con balconillos por los que asoman imágenes marianas. Todavía están humedecidos los desconchones de los soportales en la plazuela de la vieja cárcel. Las casas de este íntimo barrio, casas de las tres religiones, son tan enanas como las sillas que colocan sus gentes en los quicios de las puertas. Las piedras areniscas de las fachadas se ven raspadas por el roce del esparto de las aguaderas que se colgaban en los lomos de los borricos. Los gatos tienen gateras y los alientos humanos, ventanucos.

En esta Travesaña alta, frente a la iglesia románica de san Vicente, estuvo la casa solariega de los Arce. Luego sería de los marqueses de Bedmar. Hoy sigue ahí, ante una plazoletilla en cuarto menguante, que tiene mucho que decir de los juegos de un niño...

A LA PLAZA MAYOR AUN PERSISTE

La calle Mayor o de los Mártires pasa por el pórtico de la desaparecida iglesia de Santiago, hermana de la de san Vicente, y por el paredón del convento de las monjas Clarisas del que sólo existe un mosaico con el nombre de la santa. La calle se desparrama

en la plaza, prototipo de las plazas medievales de los pueblos españoles. Se construyó por entonces tras derribarse la tapia que aislaba la catedral del caserío. Allí se llevó el nuevo mercado, y se trajeron las aguas del pinar a través del acueducto de los Arcos Viejos, por el batán frente al portalejo de la actual *Puerta del Sol*. Cerca estaba la Posada del Sol desde donde, según Avellaneda, iniciaron don Quijote y Sancho sus andanzas seguntinas que acabarían con sus huesos en la cárcel de la ciudad.

El paseante, presiente la presencia del Doncel a cada paso.

LA VOZ DE SU LEYENDA EN CADA ESQUINA

Ha concluido una historia y ha nacido una leyenda. Una leyenda que, como tantas otras, moviéndose entre la verdad y la fantasía, lo real y lo imaginario, penetrando en el sentimiento del pueblo y transmitiéndose de generación en generación, ha trascendido los jalones de su historia local para convertirse en mito nacional.

Los héroes tuvieron siempre voceros de sus hazañas. En Sigüenza, la voz de la leyenda del Doncel, se ha escuchado desde tiempos inmemoriales, no sólo en los valles y en los oteros de sus tierras, sino y sobre todo, en cada rincón de la ciudad. El Doncel personifica ante el pueblo su ideal y los seguntinos atribuyen a su héroe sus propias cualidades.

Fueron innumerables los temas moriscos que iniciados en el siglo XV, culminaron en los romances fronterizos de la guerra de Granada. Se difundieron, como los tradicionales, con multitud de variantes, pero al no fundirse en el alma del pueblo, fueron olvidándose y perdiéndose. Sin embargo y gracias a la vitalidad épica de España, hubo en la época romántica un proceso de recuperación y reelaboración, a pesar de que muchos de sus escritores identificaron la auténtica gestación popular de la leyenda con su peculiar idea de la misma, al ocultar o modificar la esencia de la *narración popular* por la total responsabilidad imaginativa de la composición. Recuérdese al duque de Rivas, Zorrilla, Bécquer, Espronceda, Trueba, Villoslada, etc.

Los tres personajes históricos de Sigüenza que crearon leyendas, santa Librada, doña Blanca de Borbón y el Doncel, están presentes

en la evocación de sus paisanos, gracias a la visión respectiva de una ermita y un retablo, una ventanita enrejada en la torre central del poniente del castillo, y el incomparable mausoleo de nuestro caballeroso guerrero.

Esa vivencia habitual al alcance de los sentidos, es fundamental para la permanencia de los valores con los que impregnaron el alma seguntina: la Fe, la Corona y la Milicia. Quítense las imágenes, los monumentos y las insignias y se caerán los símbolos.

Pero es el Doncel, con su casa incrustada en las mismas entrañas de la alta Travesaña, quien mejor representa la cohabitación con su ciudad. «*Toda Sigüenza es Doncel*», nos dijo Sánchez Maza. Y «*el Doncel es toda Sigüenza*», contestan sus ciudadanos.

Y a esa voz que es también la voz de su leyenda, las gentes recobran su identidad, su ritmo sereno, su secular estilo, su pausado caminar...

Hemos hablado en este pragmático siglo XX dispuesto a concluir, de guerreros armados de *punta en blanco*, hazañas caballerescas, romances antiguos, donceles medievales, algo que parece tan fuera de lugar como inútil o arcaico. Los tiempos se transforman porque la historia marcha inexorable hacia adelante, nunca retrocede. De acuerdo. Pero resulta que el argumento sería correcto, si no sintonizaran al mismo compás, otros valores esenciales en la existencia de los hombres. Repetición de acciones humanas que girando en torno al misterio de la libertad, la ofrecen por el cumplimiento de un deber tan hermoso como morir por la Patria.

BIBLIOGRAFIA

- BRANS, J. L. V. *Isabel la Católica y el arte hispano-flamenco*. 1952.
- ORUEJA, Ricardo de *La escultura funeraria en España. Provincias de Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara*. 1919.
- PÉREZ-VILLAMIL, Manuel. *La catedral de Sigüenza*. 1899.
- BERNIS, Carmen. *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos*. 1979.
- LANUZA CANO, Francisco. *El Ejército en tiempos de los Reyes Católicos*. 1953.
- VIGÓN, Jorge. *El Ejército de los Reyes Católicos*. 1968.
- Anales Seguntinos. Volumen I, núm. 1. 1984. Volumen II, núm. 4. 1987.
- Revista Ejército núm. 138. Julio de 1951;
- MESSIA DE LA CERDA Y PITA, Luis. *Tratado de Heráldica*.
- SERRANO SANZ, Manuel. *Los orígenes de la capilla de Santa Catalina de la Catedral Sigüenza, y la estatua sepulcral de don Martín Vázquez de Arce*. Boletín de la Real Academia de la Historia núm. LXXXVIII. 1926.
- CUADRADO, José María y FUENTE, Vicente de la. *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Castilla la Nueva. 1886.
- Enciclopedia Summa Artis. Editorial Espasa Calpe.
- Enciclopedias Espasa y Larrousse*.
- Ponencia de heráldica del Servicio Histórico Militar, dirigida por el coronel de Caballería don Jesús MARTÍN SAPPÍA.
- Dibujo de escudo por el comandante de O. M. don José DOMÍNGUEZ MENDOZA.
- SÁNCHEZ DONCEL, Gregorio. *Don Fernando Vázquez de Arce, Prior de Osma y Obispo de Canarias*. Revista Wad-Al-Hayara núm. 6. 1979.
- FEDERICO FERNÁNDEZ, Aurelio de. *Documentos del archivo catedralicio de Sigüenza referentes a don Martín Vázquez de Arce y a su familia*. Revista Wad-Al-Hayara núm. 6. 1979.
- SÁNCHEZ DONCEL, Gregorio. *Nuevos datos sobre la familia de El Doncel*. Revista Wad-Al-Hayara núm. 5. 1978.
- PULGAR, Hernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*. Biblioteca de Autores Españoles. Núm. LXX.
- GARBI, Teresa. *Cinco (sobre el Doncel de Sigüenza)*. 1988.
- MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, J. A. *Leyendas de tres personajes históricos de Sigüenza*. 1971.
- GÓMEZ RUIZ, Manuel. Comandante de Artillería y ALONSO JUANOLA, Vicente: Uniformólogos.